

ambos las voces de los centinelas, y no dejaron de saludarse mutuamente con el epíteto de "traidores." Ya hemos visto que en estas guerras civiles cada partido reclamaba para sí exclusivamente el mérito de la lealtad.¹⁸

Benalcazar conoció desde luego que la posición de Pizarro era demasiado fuerte para atacarla con alguna esperanza de buen éxito. Propuso por lo mismo al virey que en la noche retirase secretamente sus fuerzas y dando un rodeo por los cerros cayere sobre la retaguardia del enemigo, que sin duda no estaria preparado para recibirle por aquel rumbo. Adoptóse el consejo, y apenas las sombras de la noche ocultaron uno á otro los dos ejércitos, levantó Blasco Nuñez su campo dejando encendidos los fuegos para engañar al enemigo, y comenzó su rodeo en dirección á Quito. Pero sea que los informes no eran exactos ó que los guías le estraviaron, ello es que se vió precisado á dar una vuelta tan grande, por haber resultado muy áspero el camino, que le amaneció antes que llegase al lugar del ataque. Conociendo que le era preciso renunciar á la ventaja de una sorpresa, corrió á encerrarse en Quito á donde llegó con los hombres y caballos estropeadísimos por una

18 "Que se llegaron á hablar los Corredores de ambas partes, llamandose traidores los vnos á los otros, fundando que cada uno sustentaba la voz del Rei, i asi estuvieron toda aquella noche aguardando." *Ibid.*, ubi supra.

marcha nocturna de ocho leguas, para andar un distancia que por el camino recto no habria pasado de tres. Fué aquel un error fatal, sobre todo, en vísperas de un combate.¹⁹

Halló que en la capital casi no habia quedado ningun hombre. Todos habian seguido las banderas de Pizarro porque estaban tambien contagiados del desafecto general y en aquel gefe miraban á su protector contra las odiosas ordenanzas. Pizarro era el representante del pueblo. Esta desercion conmovió mucho al infortunado virey, y alzando las manos al cielo exclamó: "¿Así abandonais, Señor, á vuestros siervos?" Las mugeres y niños salieron á él y le ofrecieron alimento, de que tenia gran necesidad, preguntándole al mismo tiempo, "¿Para qué habia venido á morir allí?" Sus soldados, menos afligidos que

19 Para lo referido en las páginas precedentes, véanse, Zárate, *Conq. del Perú*, lib. 5, cap. 34, 35.—Gomara, *Hist. de las Indias*, cap. 167.—Carta de Gonzalo Pizarro á Valdiva, MS.—Montesinos, *Anales*, MS., año 1546.—Fernandez, *Hist. del Perú*, Par. 1, lib. 1, cap. 50-52.

Herrera en su relacion de estos sucesos ha caido en una estraña confusion de fechas, poniendo la entrada del virey á Quito en el 10 de Enero, y su batalla con Pizarro nueve dias despues. (*Hist. General*, dic. 8, lib. 1, cap. 1.) Este último suceso, que segun el testimonio de Fernandez

ocurió el diez y ocho de dicho mes, fué en la tarde del mismo dia en que el virey entró á Quito como digo en el testo, segun resulta de la comparacion de las diversas autoridades contemporáneas que he consultado. Aunque la obra de Herrera está arreglada por el órden cronológico de unos anales, está muy lejos de ser intachable en cuanto á fechas. Quintana ha notado varios anacronismos palpables del historiador en el primer periodo de la conquista del Perú. V. sus *Españoles Célebres*, tom. II, Apendice 7º

el comandante, entraron en las casas de los vecinos, y sin mas ceremonias se apoderaron de cuanto pudieron hallar para satisfacer las exigencias del hambre.

Benalcazar que conoció la temeridad de dar la batalla, visto el estado en que se hallaban las tropas, recomendó al virey que tentase el medio de las negociaciones, y se ofreció á ir en persona al campo enemigo para arreglar, con Pizarro si era posible, los términos de un acomodo. Pero si Blasco Nuñez habia perdido por un momento el ánimo, ya habia recobrado su acostumbrada firmeza, y replicó altivamente: "No hay que aguardar fé de los traidores. Hemos venido á pelear contra los enemigos, no á tratar con ellos, y debemos cumplir con nuestro deber como buenos y leales caballeros. Yo cumpliré con el mio," añadió "y estad seguro que la primera lanza que se rompa en los enemigos será la mia."²⁰ Reunió luego sus tropas y antes de marchar les dirigió unas breves palabras. "Todos sois valientes," les dijo, "y fieles á vuestro soberano. Por mi parte tengo la vida en poco comparada con lo que debo á mi rey. Mas no desconfiemos del éxito, porque cuando el Español pelea por una buena causa ha vencido con fuerzas mas desiguales. Nosotros peleamos por

²⁰ "Yo os prometo que la primera lanza que se rompa en los enemigos, sea la mia (y así lo cumplió. Fernandez. Hist.) del Perú. Parte 1, lib. 1, cap. 53.

la justicia y la causa es de Dios, la causa es de Dios,"²¹ dijo por último, é inflamadas las tropas con su generoso ardor respondieron con aclamaciones que afectaron profundamente al infeliz comandante, poco acostumbrado en aquellos dias á semejantes muestras de entusiasmo.

El 18 de Enero de 1546 salió Blasco Nuñez de la antigua ciudad de Quito al frente de su escuadron. Apenas habia andado una milla,²² cuando dió vista al enemigo formado en la cima de unas alturas que se iban elevando suavemente desde los llanos de Añaquito. Gonzalo Pizarro, muy incómodo al saber la partida del virey, habia levantado su campo muy de mañana, encaminándose á la ciudad con firme propósito de que por esta vez no se le escapase el enemigo.

Las tropas del virey se detuvieron y se formaron en orden de batalla. En la delantera se situó un pequeño trozo de arcabuceros para comenzar el combate. El resto de ellos se distribuyó entre los piqueros que ocupaban el centro, protegidos en los flancos por la caballería distribuida en dos escuadrones casi iguales. Serian unos ciento cuarenta ginetes y pocos mas habria en el ejército contrario; aunque su fuerza total era casi doble de la del virey, porque esta no

²¹ "Que de Dios es la causa, de Dios es la causa, de Dios es la causa." Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS. del Perú, lib. 5, cap. 35.

²² "Un quarto de legua de la ciudad." Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS. del Perú, lib. 5, cap. 35.

llegaba á cuatrocientos hombres. A la derecha y frente al estandarte real se situó Blasco Nuñez con trece caballeros escogidos, dispuesto á dirigir el ataque.

Pizarro habia dado á sus tropas una colocacion semejante á la de su adversario. Contaba por todo con unos setecientos hombres, bien habilitados, en buen orden y mandados por los mejores caballeros del Perú.²³ Como Pizarro, apesar de la superioridad del número, no parecia dispuesto á salir de su ventajosa posicion, dió Blasco Nuñez la orden de atacar. Comenzaron la accion los arcabuces, y á pocos momentos las densas nubes de humo tendiéndose por el campo ocultaron todos los objetos, porque era ya muy tarde cuando comenzó la accion y la luz se iba acabando á toda prisa.

La infantería calando entonces sus picas avanzó cubierta con el humo, y pronto trabó reñido combate con las opuestas filas de lanceros. Siguió luego la carga de caballeria, que apesar de haberse desordenado algo por el fuego de los arcabuceros de Pizarro, muy superiores en núme-

²³ Se nota variedad, como estima las fuerzas de su adversario en cuatrocientos cincuenta hombres, y las suyas en solos seis-cientos: cálculo que, sea dicho de paso, no disminuye en nada la probabilidad del que doy en el testo. Yo he seguido á los escritores mejor informados. Pizarro

ro á los del virey, fué dada con tal ímpetu que arrolló é hizo retroceder los caballos enemigos. Pero solo fué para volver con mayor violencia, porque los caballos de Pizarro se arrojaron como una ola furiosa sobre sus enemigos, llevándoles cuesta abajo y derribando indistintamente caballos y ginetes. Mas estos al cabo consiguieron rehacerse, animados con las voces y los desesperados esfuerzos de sus oficiales. Volaron las lanzas hechas astillas y peleaban cuerpo á cuerpo con hachas y espadas, mezclados todos en la mayor confusion. Pero la lucha no fué muy larga, porque aunque el número era casi igual por ambas partes, la caballería del virey estropeada por la penosa marcha de la noche anterior,²⁴ no podia competir con sus adversarios. Estaba ya el suelo cubierto de cadáveres; caballos y ginetes, muertos y moribundos, yacian amontonados unos sobre otros. Cabrera, el bravo teniente de Benalcazar fué muerto, y este capitán cayó lleno de heridas bajo los pies de su caballo y le dejaron por muerto en el campo. El oidor Alvarez fué mortalmente herido. Tanto él como su colega Cepeda se hallaron en la accion, aunque en bandos opuestos, y pelearon como si hubieran seguido la carrera de las armas y no la pacífica profesion de las leyes.

Mas Blasco Nuñez y sus compañeros sostenian

²⁴ Zárate, Cong. del Perú, lib. 5, cap. 35.

con valor el combate en la derecha del campo. El virey habia cumplido su palabra de ser el primero que rompiese una lanza con el enemigo, y con un bote bien dirigido habia sacado limpio de la silla á un caballero llamado Alonso de Montalvo. Pero al cabo le oprimió el mayor número y como sus compañeros fueron cayendo uno tras otro á su lado, vino á quedar casi sin defensa. Ya estaba herido, y al fin un soldado le descargó un hachazo sobre la cabeza que le derribó del caballo y le hizo caer aturdido en tierra. Si le hubiesen conocido, acaso le habrían tomado vivo; pero llevaba sobre la armadura una túnica de algodón de los Indios, que ocultaba la divisa de la orden militar de Santiago y las otras insignias de su rango.²⁵

Reconocióle, sin embargo, muy pronto uno de los Pizarristas, que acaso en otro tiempo siguió las banderas del virey. El soldado se lo mostró inmediatamente al licenciado Carbajal. Este era hermano de aquel caballero que Blasco Nu-

²⁵ Se puso este traje, segun que esta es comunmente la causa de disfrazarse. "I Blasco Nu- tratado mejor que cualquier soldado raso, sino correr la suerte de todos. (Com. Real., Parte 2, lib. 4, cap. 34.) Pizarro no le quiere creer esta caballerosa intencion. Segun él tomó el virey este disfraz para ocultar su rango y poder escapar con mas facilidad. Es preciso confesar

ñez tuvo la imprudencia de matar en su palacio de Lima, segun recordará el lector. El licenciado tomó despues partido con Pizarro, y ayudado de varios parientes suyos habia jurado tomar venganza del virey. Acercándose al punto al caido comandante le echó en cara el asesinato de su hermano, é iba á apearse para despa- charle por su propia mano, cuando Puelles, diciéndole que aquello era una cosa indigna de él, mandó á un negro criado suyo que cortase la cabeza al virey. Así lo hizo el infame con un solo tajo de su sable, sin que el infeliz hombre próximo acaso á espirar de sus heridas, pronuncia- se una sola palabra, ni hiciese mas que recibir el golpe fatal levantando los ojos al cielo como para implorar su misericordia.²⁶ La cabeza fué llevada en triunfo en una pica, y hubo algunos bastante bárbaros para arrancarle sus blancas barbas y ponerlas en sus gorras como horribles trofeos de su victoria.²⁷ La suerte de la jornada estaba ya decidida; mas la infantería resistia

²⁶ Fernandez, Hist. del Pe- ru, Parte 1, lib. 1, cap. 54.—Zá- rate, Conq. del Perú, lib. 5, cap. 35.

"Mandó á un Negro que traía que le cortase la cabeza, i en to- do esto no se conoció flaqueza en el Visorrei, ni habló palabra, ni hi- ço mas movimiento, que alçar los ojos al cielo, dando muestras de mucha Christianad, i cons-

tancia." Herrera, Hist. Gene- ral, dec. 8, lib. 1, cap. 3;

²⁷ "Aviendo algunos capi- tanes y personas arrancando y pelado algunas de sus blancas y leales barbas, para traer por empresa, y Juan de la Torre las traxo despues públicamente en la gorra por la ciudad de Reyes." Fernandez, Hist. del Perú. Parte 1, lib. 1, cap. 54.

con firmeza y mantenía á raya los caballos de Pizarro con su frente erizado de picas. Los arcabuceros, sin embargo, seguían causándole daño y una vez desordenada no pudo resistir el empuje de los caballos, que rompieron al fin la columna, la dispersaron y ahuyentaron del campo. El alcance no fué largo ni sangriento porque sobrevino la noche, y Pizarro hizo tocar sus clarines para que las tropas se recogiesen á sus banderas.

Aunque la acción duró muy corto rato había perecido casi una tercera parte de la gente del virey. La pérdida de los contrarios fué insignificante.²⁸ Muchos de los vencidos se acogieron á las iglesias de Quito; pero fueron extraídos del sagrado y algunos, tal vez los que en otro tiempo abrazaron la causa de Pizarro, fueron ajusticiados, y otros desterrados á Chile. El vencedor perdonó á la mayor parte. Benalcázar, restablecido ya de sus heridas, obtuvo permiso para volverse á su gobierno, bajo la condición de no volver á tomar las armas contra Pizarro. Sus tropas fueron invitadas á quedarse al servicio del vencedor, quien nunca les mostró, sin embargo, la misma confianza que á sus antiguos partida-

28 Los cálculos de los muertos y heridos en esta acción son tan discordes como de costumbre. Algunos hacen subir la pérdida del virey á doscientos hombres, mientras que Gonzalo

Pizarro estima la suya en solo siete muertos y unos cuantos heridos. ¡Pero cuán raro es que las personas empeñadas en la acción den un parte exacto!

rios. Mostróse muy ofendido de las afrentas hechas al virey, cuyos restos hizo enterrar en la catedral de Quito con los honores debidos á su rango. Gonzalo Pizarro, vestido de luto, iba de doliente principal en el entierro. Era costumbre en los Pizarros, como ya hemos visto, el rendir estos honores fúnebres á sus víctimas.²⁹

Tal fué el triste fin de Blasco Nuñez Vela, primer virey del Perú. No hacia aun dos años de su llegada á aquel país, y todo había sido errores y desastres. Sus infortunios pueden atribuirse en parte á las circunstancias, y en parte á su propio carácter. Encargado de ejecutar unas leyes odiosas y severas, no le dejaron la puerta abierta para moderar el rigor de la ejecución.³⁰

29 Consúltense los autores siguientes para la relación de la batalla de Añaquito, que la mayor parte de ellos refiere con harta brevedad. Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. 170. Herrera, Hist. General, dec. 8, lib. 1, cap. 1-3.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 5, cap. 35.—Montesinos, Anales, MS., año 1546.—Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 4, cap. 33-35.—Fernandez, Hist. del Perú, Parte 1, lib. 1, cap. 53-54.

Gonzalo Pizarro parece que considera la batalla como una especie de juicio de Dios, en cuyo resultado dió claramente á co-

nocer el cielo de qué parte estaba la justicia. Sus reflexiones son edificantes. “Por donde parecerá claramente que Nuestro Señor fué servido este se vino á meter en las manos para quitarnos de tantos cuidados, i que pagase quantos males havia fecho en la tierra, la qual quedó tan asosegada i tan en paz i servicio de S. M. como lo estuvo en tiempo del Marques mi hermano.” Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.

30 Es digna de elogio la moderación de las reflexiones de Garcilaso sobre ese punto. “Assi acabó este buen caullero, por querer porfiar tanto en la ejecución de lo que ni á su Rey ni á

Con todo, cualquier hombre puede hasta cierto punto tomarse estas facultades, puesto que sería un absurdo el desempeñar al pié de la letra una ómision sabiendo á no dudarlo que ha de producir un efecto contrario al que se desea. Pero se requiere cierta agudeza para conocer que ha llegado este caso, y algun valor moral para echarse encima la responsabilidad de obrar como es consiguiente. En una crisis semejante es donde mejor se prueba un hombre. Atreverse á desobedecer por un exceso de fidelidad, es una paradoja que una alma pequeña apenas puede comprender. Por desgracia Blasco Nuñez era ridículamente severo, hombre de ideas mezquinas que no podia creerse autorizado en ningunas circunstancias para apartarse de la letra de la ley. Desvanecido ademas por su breve autoridad, consideraba la oposicion á las ordenanzas como una traicion contra sí propio, é identificándose de esta manera con su comision, se dejaba llevar de consideraciones personales casi tanto como del interes público ó del amor á la patria.

Ni el carácter del virey era tampoco de tal naturaleza que fuese apropiado para disminuir la odiosidad de sus medidas y hacer soportable su

su Reyno conuenia: donde se causaron tantas muertes, y daños de Españoles, y de Indios como por la historia se ha visto, y se verá en lo que esta por dezir:

aunque no tuuo tanta culpa como se le atribuye, porque lleuó preciso mandato de lo que hizo." Com. Real Parte, 2 lib. 4, cap. 34.

ejecucion al pueblo. Formaba un notable contraste con el de su rival Pizarro, cuyo porte franco y caballeroso, y su generosa confianza en los suyos le daban gran popularidad, ofuscaban el juicio de todos y hacian que la peor causa pareciese ser la mas justa. Blasco Nuñez por lo contrario, suspicaz é irascible, se colocó en una posicion falsa respecto de cuantos le rodeaban; porque un carácter receloso engendra en derredor una atmósfera de desconfianza que sofoca todas las afecciones benévolas. Su primer paso fué romper con los individuos de la Audiencia que habian venido para ayudarle; pero en esto tanta culpa tuvieron ellos como él, puesto que ellos eran tan laxos como severo él en la interpretacion de las leyes.³¹ En seguida ofendió al pueblo que le enviaban á gobernar, y se malquistó con él; y por último, disgustó á sus amigos convirtiéndolos muchas veces en enemigos suyos, de manera que cuando llegó la hora de defender su poder y su vida, tuvo que confiar su defensa á estraños. Mas el enumerar todas sus cualidades no debemos pasar en silencio sus virtudes. Hay dos que no pueden negársele de

31 Blasco Nuñez calificaba á los cuatro oidores de la Audiencia de un modo mas conciso que cortés. "Decia muchas veces Blasco Nuñez, que le havian dado el Emperador, i su Consejo de Indias, vn Moço, un Loco, un

Necio, un Tonto por Oidores, i que así lo havian hecho como ellos eran. Moço era Zepeda, i llamaba Loco á Juan Alvarez, i Necio á Tejada, que no sabia latin." Gomara, Hist. de las Indias, cap. 171.

modo alguno: una lealtad que brilló mas ilustre en medio de la traicion que por todas partes le rodeaba, y una constancia en el infortunio que merece el respeto aun de sus mismos enemigos. Pero por mas que se quieran apreciar sus buenas prendas, apenas puede dudarse que con dificultad se habria encontrado en toda Castilla un hombre menos apropiado para desempeñar la tarea que se le encomendó.³²

La victoria de Añaquito causó general júbilo en la capital vecina; todas las ciudades del Perú la miraban como el último golpe dado á las aborrecidas ordenanzas, y resonaba el nombre de Pizarro de un extremo á otro del pais como el de un libertador. Aquel capitán continuó residiendo en Quito durante la estacion de las aguas dividiendo el tiempo entre los placeres licenciosos de un descuidado aventurero, y el cuidado de los negocios que ya le rodeaban como jefe del Estado. Su gobierno se manchó con menos actos de crueldad de los que podian aguardarse aten-

32 Lo relativo á Blasco Nuñez se apoya principalmente en la autoridad de escritores realistas, algunos de los cuales escribieron despues de su regreso á Castilla. Por lo mismo deberian naturalmente inclinarse mas á favor del legítimo representante de la corona, que á favor del rebelde. Y eso es tan cierto que la única voz que aboga decididamente por Pizarro es la suya

propia: testimonio sospechoso á la verdad. Mas apesar de todas las circunstancias que le favorecen, del testimonio general resulta que el gobierno de Blasco Nuñez fué una serie de errores. Y apenas hay nada que inspire interes de cuanto toca á su persona, como no sea sus inauditos infortunios y la firmeza con que supo sobrellevarlos.

didias las circunstancias de su posicion. Se observó que como se hallase ausente Carbajal, el consejero en que por desgracia ponía mayor confianza, Gonzalo no permitía ninguna ejecucion, si no era guardando todas las formas de la ley.³³ Premió á los suyos con nuevos repartimientos, y despachó á otros á espediciones no muy distantes, para que siempre le fuese fácil el llamarlos á su lado. Tomó varias medidas para el bien de los indígenas, y algunas en particular para que fuesen instruidos en la religion cristiana. Cuidó de la fiel recaudacion de los caudales reales, y recomendó á los colonos que se portaran de tal manera que se granjeasen la voluntad del emperador y le inclinasen á revocar las ordenanzas. En una palabra, se condujo de tal modo en su gobierno, que aun su sucesor el severo Gasca confesó, “que gobernaba bien para ser tirano.”³⁴

Por fin en el mes de Julio de 1546 se despidió el nuevo gobernador de la ciudad de Quito, y dejando allí una guarnicion suficiente á las ór-

33 “Nunca Pizarro en ausencia de Francisco de Carvajal, su Maestre de Campo, mató, ni consintió matar á Español, sin que todos, los mas de su Consejo, lo aprobasen; i entonces con Proceso en forma de Derecho, y confesados primero.” Gomara, Hist. de las Indis, cap. 172.

34 *Ibid.*, ubi supra.—Fér-

nandez hace una pintura menos favorable del gobierno de Gonzalo. (Hist. del Perú, Parte 1, lib 1, cap. 54; lib. 2, cap. 13.)—Fernandez escribió por encargo de la corte: Gomara, aunque vivía en la corte, escribió por gusto. Los elogios de Gomara son, pues, menos sospechosos que las censuras de Fernandez.

denes de Puelles, emprendió su jornada al sur. Fué aquella una marcha triunfal, porque en todos los lugares del camiuo era recibido con el mayor entusiasmo. En Trujillo salieron los vecinos en tropel á recibirle, y el clero entonaba himnos en honor suyo, aclamándole "victorioso príncipe" y pidiendo al Todopoderoso, "que le prolongase la vida y le hiciese dichoso." ³⁵ En Lima se trató de derribar algunos edificios y abrir una calle nueva para su entrada, que despues llevase el nombre del vencedor. Pero el prudente gefe rehusó este lisonjero tributo, y prefirió modestamente el entrar por el camino acostumbrado. Formóse una procesion de los vecinos, las tropas y el clero, y Pizarro hizo su entrada en la capital llevando á pié dos de sus principales capitanes las riendas de su caballo, y yendo á su lado el arzobispo de Lima y los obispos del Cuzco, Quito y Bogotá tambien á caballo. Este último acaba de llegar á la ciudad para consagrarse. Las calles estaban llenas de ramas, las paredes de las casas colgadas de vistosas tapicerías, y se erigieron en la carrera muchos arcos triunfales en loor del vencedor. Los balcones, miradores y azoteas estaban llenos de espectadores que prorrumpian en ruido-

³⁵ "Victorioso Príncipe, hagate Dios dichoso, i bienaventurado, él te mantenga, i te conser-

ve." Herrera, Hist. General, dec. 8, lib. 2, cap. 9.

sas y prolongadas aclamaciones, saludando al victorioso soldado con los títulos de "Libertador, y Protector del pueblo." Las campanas no cesaban de repicar á vaelo como en su primera entrada á la capital, y en medio de la alegre música y del gozo general, llegó Gonzalo al palacio de su hermano. La dinastía de los Pizarros volvia á dominar en el Perú. ³⁶

De diferentes puntos del país fueron llegando comisionados para felicitarle á nombre de sus respectivas ciudades, y todo el mundo exigia que se le recompensase por los servicios prestados en la revolucion. Al mismo tiempo recibió Pizarro la agradable noticia de las victorias conseguidas por sus armas en el Sur. Diego Centeno, segun dijimos antes, habia alzado el estandarte de rebelion, ó mas bien de fidelidad á su soberano. Se habia apoderado de la ciudad de la Plata, y el espíritu de insurreccion cundió por toda la estensa provincia de Charcas. Carbajal que fué enviado desde Quito en persecucion suya, habia pasado al Cuzco despues de tocar en Lima, y habiendo aumentado allí sus fuerzas se dirigió á marchas forzadas hácia la provincia sublevada. Centeno no se aventuró á hacer fren-

³⁶ Véanse los pormenores de esta pompa en Pedro Pizarro, lib. 6, cap. 5.—Carta de Gonzalo Descub. y Conq., MS.—Herrera, Hist. General, dec. 8, lib. 2, cap. 9.

te en campo abierto á tan formidable campeón, y se retiró con sus tropas á las entrañas de la sierra. Carbajal se puso á perseguirle siguiendo sus huellas con la pertinacia de un sabueso por montes, pantanos, bosques y barrancos, sin dejarle un momento de reposo, ni de día ni de noche. El incansable veterano con ochenta años de edad, y comía y dormía á caballo, y veía ir desfalleciendo uno tras otro á sus compañeros mientras que él, sin dar muestra de cansancio continuaba el alcance á semejanza del cazador salvaje de Burger, como si no tuviese un cuerpo mortal. Durante esta terrible persecucion de mas de doscientas leguas, Centeno se vió abandonado de la mayor parte de los suyos. Los que caian en manos de Carbajal eran inmediatamente ajusticiados, porque aquel gefe inexorable no mostraba misericordia con los que habian sido infieles á su causa.³⁷ Al cabo llegó Centeno con un puñado de hombres á las orillas del Pacífico, y dispersándose allí todos, cada uno se puso en salvo como mejor pudo. Su capitán halló asilo en una cueva de las montañas, donde le dió de comer ocultamente un curaca indio, hasta que llegó el tiempo de enarbolar otra vez el estandarte de la revolucion.³⁸

37. "Poblando los árboles con con que el feroz oficial ahorcaba sus cuerpos," dice con energía á sus prisioneros de las ramas. Fernández aludiendo al modo 28 Para la expedición de Car-

Carbajal, despues de algunos otros movimientos decisivos que restablecieron completamente el dominio de Pizarro en el sud, se volvió triunfante á la Plata. Allí se ocupó en trabajar las minas de plata del Potosí, en las cuales una veta recién descubierta prometía mas riqueza que cuantas hasta allí se habian descubierto en México y en el Perú;³⁹ y pronto pudo hacer grandes remesas á Lima, rebajando por supuesto una comision no escasa para sí propio: porque la codicia del teniente igualaba á su crueldad.

Ya nadie disputaba á Pizarro el imperio del Perú. Su autoridad era reconocida desde Quito hasta las fronteras septentrionales de Chile. Su flota dominaba las aguas del Pacífico y ponía

bajal; V. Herrera, Hist. General, dic- 8, lib. 1, cap. 9, et seq.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 6, cap. 1.—Garcilaso, Com. Real, Parte 2, lib. 4, cap. 28, 29, 36, 30.—Fernandez, Hist. del Perú, Par e 1, lib. 2, cap. 1, et seu.—Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.

Es imposible dar en una ó dos páginos una idea adecuada de las muchas veces que Carbajal escapó como por milagro, y de los graves riesgos que corrió, no solo por causa de los enemigos sino tambien de su propias gentes, cuyas fuerzas rindió en el alcance. Compiten sus aventuras con las del famoso Scanderbeg ó con las de nuestro héroe

de Kentucky el coronel Boone. Eran á la verdad mas admirables las del capitán español, por haber llegado á una edad en que las fuerzas censadas piden ya reposo. Pero el cuerpo del veterano parece que era tan insensible como su alma.

39 La veta descubierta entonces en Potosí fué tan rica que las otras minas quedaron en comparación abandonadas para ir á trabajar esta. (Zárate, Conq. del Perú, lib. 6, cap. 4.) El efecto de este aumento repentino de riqueza fué tal, segun Garcilaso, que á los diez años valia en aquel lugar una herradura casi lo que pesaba de plata. Com. Real Parte 1, lib. 8, cap. 24.

en su mano las ciudades y villas de sus costas. El almirante Hinojosa, oficial valiente y entendido, le habia ganado á Panamá y atravesando el istmo se habia apoderado despues de Nombre de Dios, llave de las comunicaciones con Europa. Sus fuerzas estaban bajo un pié escelente viéndose en ellas la flor de los guerreros que pelearon bajo las banderas de su hermano, y acudieron luego apresuradamente al nombre de Pizarro; mientras que de las inmensas riquezas que producía el Potosí, sacaba una renta igual á la de un soberano de Europa.

El nuevo gobernador comenzó á ostentar una pompa digna de su floreciente fortuna. Le custodiaba una guardia de ochenta soldados: mantenía constantemente mesa de estado, y por lo comun reunía hasta cien convidados. Dicen que aun usaba de otras ceremonias mas propias de la magestad, dando á besar su mano, y no permitiendo que nadie, de cualquier condicion que fuese, se sentara en su presencia.⁴⁰ Pero esto lo niegan otros. No sería extraño que á un hombre vano como Pizarro, con un espíritu superficial é inculto, cuando se vió elevado de una condicion humilde al puesto mas alto del

40 "Traia Guarda de ochenta Alabarderos, i otros muchos de caballo, que le acompañaban. i iá en su presencia ninguno se sentaba, i iá mui pocos quitaba la Gorra." Zárate, Conq. del Perú, lib. 6. cap. 5.

país, le desvaneciese algo la posesion del poder y tratase con altanería á los mismos que en otro tiempo trató con respeto. Mas un escritor que le vió muchas veces en su mayor prosperidad, nos asegura que no fué así, y que el gobernador continuó portándose con la misma llaneza y familiaridad que antes de su elevacion, tratando sin ceremonias á sus camaradas y mostrando las mismas cualidades que lo habian hecho el ídolo del pueblo.⁴¹

Sea como fuere, lo cierto es que no faltó quien le aconsejara que negase la obediencia á la corona y formase para sí un gobierno independiente. Era uno de ellos su teniente Carbajal, cuyo atrevido espíritu nunca se detenía en llevar las cosas hasta el último extremo. Aconsejó lisamente á Pizarro que negase del todo la obediencia." Realmente así lo habeis hecho ya, le decía. "Habeis hecho armas contra el virey, le habeis arrojado del país, le habeis derrotado y muerto en la batalla. ¿Qué favor, ni aun elemencia, podeis esperar de la corona? Habeis ido ya demasiado lejos para deteneros ó retro-

41 Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 4, cap. 42.

Garcilaso tuvo ocasion de observar por sí mismo el método de vida de Gonzalo, porque nos cuenta que cuando era muchacho fué convidado varias veces á su mesa. Esta atencion, tan rara en un conquistador tratándose de un individuo de raza indígena, no la olvidó el historiador de los Incas, quien ha dibujado á Gonzalo con colores mas favorable que la generalidad de los escritores españoles.